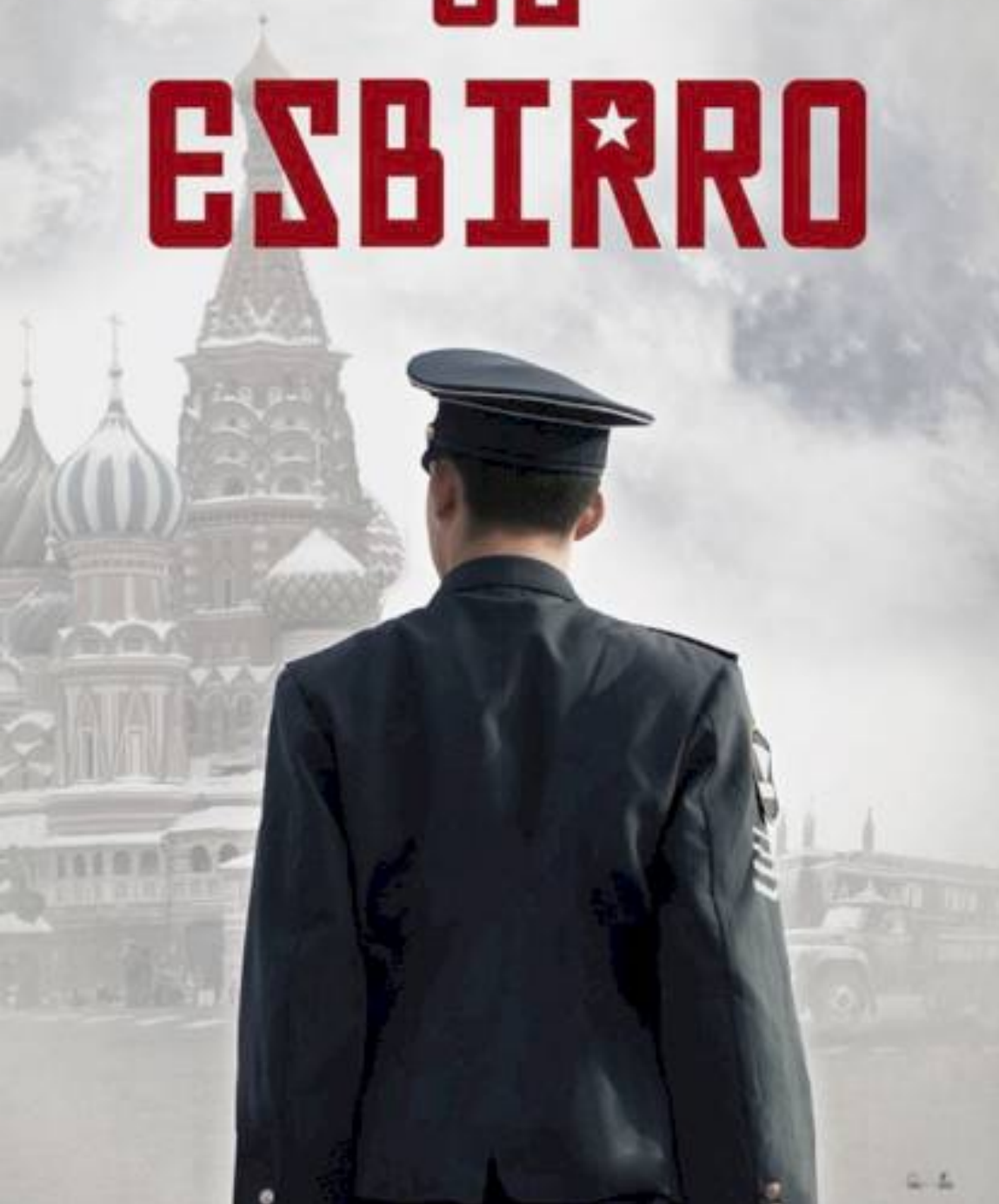


SERGEI KOURDAKOV

EL
ESBIRO



Este libro narra la historia de Sergei Kourdakov un exagente de la KGB y oficial de la Marina que desde su adolescencia participó en más de 150 redadas en contra de comunidades cristianas subterráneas en las regiones de la Unión Soviética, durante la década de 1960 y desertó más tarde a Canadá donde solicitó asilo político. Es difícil establecer cuanto hay de verdad y cuanto de fantasía o cálculo en el relato de su vida que empieza con el autor quedándose huérfano antes de cumplir los cinco años y sobreviviendo en el vagabundeo hasta que el gobierno lo mando a un orfanato Esta autobiografía titulada como *The persecutor* (en español *Perdóname, Natasha* o *El esbirro*, según la traducción), la terminó poco antes de su muerte -en circunstancias poco claras- en 1972 y fue publicada póstumamente.

Capítulo I

TEMPESTAD EN EL PACÍFICO

Nuestro barco llevaba días y noches luchando para abrirse camino a través de un Océano Pacífico terriblemente desencadenado. El temporal había comenzado de repente, cuando un ventarrón glacial procedente del norte chocó con una ráfaga de aire caliente que venía del Japón, donde había provocado ciclones. La explosión de esas masas de aire tuvo por efecto desatar los vientos y levantar las olas; y nosotros estábamos apresados en el ojo del huracán, a la altura de las costas canadienses. Aunque nuestro barco, el «pesquero» ruso *Elagin*, era grande y estaba concebido para resistir las más violentas tempestades, danzaba desde hacía unas sesenta horas sobre esta mar endemoniada como si fuese una simple barquilla.

Incluso muchos de los marineros más curtidos de la tripulación se habían puesto enfermos, pues el movimiento circular del temporal se volcaba contra los escarpados de la Columbia británica y, en un ciclo ininterrumpido, retrocedía hasta alta mar. Después de muchos días de semejante tormento, tanto el barco como su tripulación estaban agotados. El barco chirriaba y gemía como extenuado, luchaba, se derrengaba y a duras penas iba avanzando a rastras. Hasta en la cabina de la radio, que estaba especialmente insonorizada, yo oía el poderoso movimiento rítmico de la mecánica del barco, como si cada parte de esas máquinas

estuviese empeñada en una pelea violenta contra el temporal.

Los días anteriores había dormido muy poco. Como operador de radio, mi trabajo consistía en transmitir informaciones destinadas a nuestra base naval en la Unión Soviética; a causa del temporal, había estado de servicio casi ininterrumpidamente. Sin embargo, la tempestad exterior hacía menos mella en mí que la que se había desencadenado en mi interior. Después de haberlo calculado y preparado cuidadosamente durante meses, el momento de mi evasión se acercaba por fin. Estábamos en aguas territoriales del Canadá —habíamos solicitado autorización para penetrar en ellas, con el fin de defendernos mejor del temporal— y yo temblaba ante la idea de estar tan próximo de mi meta. Esperaba angustiado la ocasión de huir.

La proa del barco aparecía y desaparecía continuamente en las olas altas como montañas. Cada vez que chocaba con una de ellas todo el barco temblaba con una sacudida. La noche ya era de por sí oscura, pero las tremendas nubes negras hacían que la oscuridad fuese todavía más profunda. Hasta los marineros más veteranos comentaban con aprensión la oscuridad de esa noche.

Era la noche del 3 de septiembre de 1971. Diez barcos soviéticos, además del mío, habían obtenido autorización para esperar que el temporal amainase en el interior del estrecho de Tasa, próximo a la isla de la Reina Carlota.

Poco antes de las 20.30 h, hora en la que yo tenía que entrar de servicio en la cabina de radio, salí de mi camarote e inmediatamente me vi arrojado al suelo por la violencia de la tempestad. Tuve que echar mano de todas mis fuerzas para ir avanzando poco a poco por el puente resbaladizo. Alcancé por fin el puente de mando, abrí la puerta e hice irrupción en la cámara del timón.

—¿A qué distancia estamos de la costa? —le pregunté a mi amigo Boris, que estaba al timón.

Consultó el mapa.

—Aproximadamente a media milla —me respondió.

—¿Y a qué distancia de aquel pueblo? —volví a preguntarle, señalando unas luces apenas visibles a través de la lluvia.

—A unas tres millas y media —me contestó.

—Gracias —murmuré, dirigiéndome a mi puesto en la cabina de radio, justamente detrás del puente de mando.

Dado que estábamos en aguas territoriales canadienses, no podíamos emitir ningún mensaje. Mi trabajo se limitaba a comprobar que ninguno de nuestros barcos estaba en peligro. Esa noche, mi servicio duraría menos tiempo, lo cual me venía muy bien.

Miré el reloj y vi que eran las 20.30 h. Entonces me dije: «Sergei, podría ser que dentro de unas horas seas un hombre libre o que te hayas ahogado. Pero también podría suceder que padecieses una suerte peor que la de un ahogado, podrías ser repescado y enviado a Siberia a un campo de trabajos forzados como marino desertor y acabar siendo fusilado». En ese momento, otro que no hubiera sido yo habría vacilado.

Yo, Sergei Kourdakov, era oficial cadete, segundo ayudante de la Marina rusa, jefe condecorado de las Juventudes Comunistas; en todas las escuelas por las que había pasado, desde que tenía ocho años, me habían nombrado jefe de las organizaciones de la juventud comunista; en cuanto jefe de esas juventudes, fui encargado de enseñar el comunismo a 1200 cadetes de la marina soviética. Dentro de cinco días tenía que incorporarme a la base naval, donde me promoverían a miembro de número del Partido comunista; me esperaba un estupendo trabajo en la policía rusa. En realidad, tenía motivos más que de sobra para regresar a Rusia. Pero estos motivos no eran suficientes para mí. Lo que yo echaba de menos, fuera lo que fuera, no lo iba a encontrar jamás en el seno del sistema comunista que yo conocía a la perfección.

«Tres millas y media», pensé, haciendo un cálculo mental. No estaría seguro más que en aquel pueblo que se veía a lo lejos. Esa era la meta que me había propuesto. Si solamente llegaba a la costa, que no estaba más que a milla y media, podrían salir en mi búsqueda y encontrarme. Solamente estaría a salvo en el pueblo y en medio de la gente. Necesitaría una hora más para llegar al pueblo. Había tomado la temperatura del agua. Estaba a unos 9°. Como estábamos muy al norte, el tiempo que permaneciera en el agua era cuestión de vida o muerte. Calculé que lo más que resistiría en aquella agua glacial serían unas cuatro horas. Estaba en excelente forma física, porque había tenido mucho entrenamiento y había trabajado mucho los músculos con la gimnasia. «Tiene que ser ahora o nunca», pensé. En el fondo de mí mismo sabía que tenía que actuar inmediatamente.

La cabina de radio estaba situada entre la cámara del timón, en la parte delantera del puente de mando, y el cuarto de mapas, donde el capitán estaba de servicio. Como navegábamos muy cerca de la costa, el capitán observaba atentamente la posición del barco, para evitar aproximarse demasiado y encallar en las rocas recortadas que formaban un cerco delante del litoral.

Conecté los tres elementos del radar: uno de ellos estaba destinado a fines militares y los otros dos a la navegación; esperé que se calentaran. Confiaba en que no se produjera nada inesperado.

En ese preciso momento, el capitán asomó la cabeza por la puerta del cuarto de mapas y me gritó:

—¡Eh, Kourdakov! ¿Echamos una partida de ajedrez?

Jugábamos al ajedrez con frecuencia. Yo no quería que, si declinaba su invitación, pudieran surgir sospechas, pero no podía permitirme perder nada de tiempo, pues no estaría seguro si no era en la más absoluta oscuridad y tenía que llegar a tierra antes de que el cielo aclarara. Además,

temía que, si lo pensaba demasiado, mi resolución empezase a debilitarse.

—Camarada capitán —le dije—, estos últimos días he estado de vigilancia muchas horas seguidas y estoy agotado. Preferiría irme a descansar. Francamente, estoy demasiado cansado.

El capitán pareció divertido y añadió:

—¡Vaya con el joven lobo de mar! —y se echó a reír—. ¡Con tres días de temporal ya está demasiado cansado!

Di por dentro un suspiro de alivio. Me puse a hacer los últimos preparativos que tantas veces había planificado. Primero apagué la radio, dejando el receptor en la frecuencia de socorro, por si otros barcos nos llamaban. Conecté el altavoz más alejado y lo orienté hacia el puente de mando, de forma que Boris, que estaba en la parte de delante, pudiese oír los mensajes que llegaran de otros barcos de nuestra flota.

Comprobé que todo quedara ordenado en la cabina de radio y me deslicé rápidamente afuera, cerré la puerta con llave y me dirigí a mi camarote, pasando de nuevo por el puente de mando, que estaba en plena oscuridad, a excepción del reflejo de los testigos rojos, amarillos y azules del panel de a bordo. La lluvia que batía contra las ventanas del puente de mando impedía ver nada del exterior. Boris estaba de pie, débilmente iluminado por las luces de los instrumentos; los vigilaba atentamente para localizar el menor fallo de las máquinas sobrecargadas de esfuerzo. Habíamos pasado muchas horas de servicio juntos durante las últimas semanas. Me detuve para cruzar algunas palabras con él, tratando de aparentar la mayor naturalidad, después me marché, con el pretexto de que estaba extenuado, y fui hacia mi camarote.

—Boris —le dije cuando me retiraba—, si llaman no me despiertes durante unas horas... a no ser que se trate de un caso de extrema urgencia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Sergei —respondió sonriendo—. Acuérdate de mí cuando te sientas calentito en la cama blanda.

—Por supuesto —le prometí, abandonando el puente de mando para aventurarme en medio del temporal.

Me agarré con todas mis fuerzas a la barandilla y prudentemente fui avanzando hacia mi camarote. Varias veces un viento furioso y una lluvia recia casi me hicieron rodar por el puente que se bamboleaba. Después de una lucha encarnizada contra la furia del viento y contra los azotes de las olas, llegué por fin a mi camarote. Entré y cerré con llave. En aquellos momentos cualquier visita inesperada podría ser fatal, pues me cortaría toda posibilidad de evasión. Nervioso, volví a mirar el reloj: eran las 21.25 h. Me quedaban menos de quince minutos para realizar los últimos preparativos. La conversación en el puente de mando me había robado unos segundos preciosos. Tenía que apresurarme para llevar a cabo mi plan en los pocos minutos durante los que el puente de mando estaría desierto. En cuanto la tempestad se calmara, el barco se vería invadido por los hombres que lo revisarían para localizar los daños que hubiera sufrido.

Puesto que nuestra posición era muy septentrional, yo llevaba el uniforme grueso: gordas botas militares, una camiseta fina y, encima de ella, un jersey muy grueso de cuello alto. Una vez en el agua, el peso de estas ropas sería un serio estorbo y seguramente me crearía problemas para nadar. Pero quería entrar vestido en aquel pueblo, y con las botas en los pies. Me quedaba poco tiempo y no podía entretenerme ni pensar en esas cosas, aunque eran de importancia. Mis preocupaciones en aquellos instantes eran muy diferentes, más vitales todavía.

Hurgué en mi camastro y saqué un objeto en el que había estado trabajando los últimos tiempos; era un cinturón ancho en forma de bolsa impermeable. El exterior era de caucho grueso y el interior era de plástico impermeable. Abrí el cajón de mi armario y saqué los objetos a los que

estaba más apegado y que tenía intención de llevar conmigo: fotos de amigos, de camaradas, de lugares que había frecuentado en Rusia y que no volvería a ver. Esos pocos objetos, preciosos para mí, serían los únicos que pasarían conmigo de la vida antigua a la nueva, con excepción de cicatrices —físicas y afectivas— y de numerosos recuerdos.

«Aquí está todo lo que puede dar testimonio de mi vida», pensé, mirando el puñadito de papeles. «Ni padre, ni madre. Este montoncito representa lo que ha sido mi vida». Muchas de aquellas cosas no tendrían ya razón de ser: mi tarjeta de miembro del Konsomol, mis papeles de marino. Otros, sin embargo, tendría que conservarlos: mi certificado de nacimiento, por ejemplo. Si sobrevivía a aquella noche, necesitaría esos documentos para identificar mi personalidad. Si no, cuando mi cuerpo fuera hallado, al menos habría un nombre para ponerlo en la lápida de mi tumba.

Actué rápidamente: después de haber metido mis papeles y mis fotos en el cinturón de caucho, lo cerré cosiéndolo, para que el agua no le entrara. Me lo até fuertemente a la cintura. Volví a hurgar en el cajón para tomar una cosa que me sería indispensable durante las próximas horas: el cuchillo de submarinista que había introducido ocultamente en el barco y que había tenido escondido. Me lo sujeté bien a la muñeca con una correa y bajé la manga del jersey para que no se viera. Si me descubrían en el puente, tenía que procurar que no me hicieran preguntas. Sería difícil que pudiera justificar la presencia de ese cuchillo, pero más tarde tendría para mí una importancia capital.

«Bien», me dije, «ya estoy listo. El cuchillo en su sitio y el cinturón bien ajustado». El reloj marcaba las 21.55 h, ya era tiempo de que me fuera. El viento soplaba con mayor fuerza, lo cual evitaría que me vieran. Abrí la puerta de mi camarote, salí al puente y una bofetada de niebla glacial me detuvo en seco. Incluso en aquel sitio, en el que estaba algo resguardado, el temporal era violento.

Me incliné contra el viento y descendí la escalerilla, agarrándome desesperadamente al pasamanos para no caer. Ya sobre el puente principal, miré a mi alrededor para asegurarme de que no me habían descubierto. No vi a nadie. Hasta aquí todo iba bien. Estaba prácticamente seguro de que todo el mundo permanecía abajo, resguardándose del mal tiempo.

A costa de grandes esfuerzos, me acerqué lentamente al lugar que había escogido unos días antes, en el centro del barco, como el mejor sitio para evadirme; se trataba de una pequeña plataforma situada justo debajo de la inmensa chimenea del barco, el único sitio a bordo que no se podía ver desde otras partes. Llegar hasta allí con grandes dificultades me costó unos cuantos minutos. La vista de aquella mar atormentada, con olas gigantescas, me dio escalofríos. «Es mejor que deje de mirar la mar», me dije, «porque si no, corro el riesgo de abandonar antes incluso de haberme echado al agua».

De repente, una puerta se abrió delante de mí y la luz que salió por ella me dio de lleno. Me agaché rápidamente, espantado. El que había abierto la puerta se quedó un instante en el umbral, vio el tiempo que hacía y se metió dentro. ¿Me habría visto? La puerta se cerró. Cualesquiera que hubiesen sido sus intenciones, la tempestad le hizo cambiar de idea.

Ahora tenía que actuar sin perder un segundo. El barco fue elevado sobre la cresta de una ola enorme, tuve entonces la impresión de que me encontraba en lo alto de una casa de dos pisos. Esperé a que el barco estuviese en el valle de la ola para echarme al agua. Pasó el último coletazo, me puse de pie en equilibrio y me preparé para lanzarme sin dudar a esa mar negra y desencadenada.

Capítulo II

LA LUCHA POR SOBREVIVIR

Respiré hondo, me lancé y penetré en el agua tratando de llegar lo más hondo posible. Y entonces empezaron las complicaciones. El golpe de frío fue tan intenso que me quedé paralizado. El agua, cuando un rato antes había yo tomado la temperatura, no estaba más fría que la de los mares que yo conocía de antes. Ahora que me hallaba dentro de ella, mi cuerpo estaba totalmente helado.

Me tuve que hacer violencia para mover las piernas y los brazos entumecidos, y me puse a nadar bajo el agua lo más rápidamente que pude. Tenía que alejarme todo lo posible antes de salir a la superficie, para evitar que alguien pudiera verme desde el barco por una escotilla. Ya sin aliento, salí a flote y respiré anhelante. Me volví para mirar. Estaba todavía demasiado cerca del barco. De nuevo respiré hondo, me sumergí y nadé por debajo del agua todo lo que pude.

Aguanté sin salir a la superficie hasta que tuve la impresión de que los pulmones me iban a estallar. Ahora estaba mejor, pero seguía demasiado cerca del barco. Volví a hacer lo mismo hasta que me faltó el aliento. Esta vez conseguí surgir del agua más alejado.

Mi único pensamiento era apartarme del barco. Si me descubrían los proyectores se encargarían de que no me perdieran de vista, barrerían la superficie del agua y me convertirían en presa fácil, incluso en medio de aquellas te-

ribles olas. Sabía que en el barco había un fusil de largo alcance con mira telescópica y que les sería tan fácil darme caza como si dispararan contra un pez en un acuario. No podría alegar que me había caído al agua, porque los documentos que llevaba en el cinturón me delatarían.

Repetí muchas veces la operación de llenar mis pulmones de aire y sumergirme nadando bajo el agua. Por fin consideré que ya me había alejado lo suficiente para permitirme mantenerme a flote y examinar la situación. Entonces fue cuando verdaderamente me hallé entumecido a causa del frío. Mis botas y mis ropas estaban empapadas, lo cual aumentaba considerablemente su peso. Me parecía que tuviera un saco lleno de ladrillos atado a cada uno de los pies, que tiraban de mí hacia abajo. El solo hecho de mantenerme a flote requería un esfuerzo ímprobo. Una ola enorme se echó encima de mí y me sumergió; creí que nunca volvería a salir a la superficie. No sé de qué manera me encontré de nuevo a flote, tosiendo, escupiendo y esforzándome por volver a tomar desesperadamente aire. ¡Mis botas! ¡Qué equivocación! Habría debido quitármelas. Tuve la impresión de que ese error me iba a costar la vida. «Sergei», me dije, «eres hombre muerto».

Era absolutamente necesario que me quitara las botas, y rápidamente, si no, la próxima ola que cayera sobre mí me hundiría definitivamente. Desaté el cuchillo que llevaba en el brazo y corté los perniles del pantalón. Después me arranqué la primera capa de las ropas: el grueso jersey. Entonces, metí la cabeza bajo el agua y me puse a acuchillar mi bota izquierda. Cosa curiosa: en tal momento de desesperación recordé una frase que me había repetido con frecuencia: «Me gustaría morir con las botas puestas». Pero nunca me había imaginado que serían las botas las que me llevarían a la muerte. Daba cuchilladas a diestro y siniestro, pero el cuero empapado de agua no cedía. Volví a tomar aire profundamente y me sumergí manejando el cuchillo con desesperación. Sabía que si no lograba desembarazar-

me pronto de las botas, no volvería a salir. Introduje el cuchillo por la parte alta de la bota izquierda y empleé todas mis fuerzas para rajarla. ¡Por fin el cuero cedía! En el momento en que me di cuenta de que el cuchillo podía con el cuero, sentí que se me renovaba el ánimo. Repetí la operación de salir a tomar aire y sumergirme. En este tercer intento, la bota izquierda desapareció.

Ahora la que se resistía era la derecha. Volvió a invadirme la desesperación y me puse a dar cuchilladas al cuero sin ton ni son, con lo cual conseguí hacerme un corte en el tobillo. Al fin acerté a introducir la hoja del cuchillo y me puse a tirar... Noté cómo el cuero se rajaba. ¡Estaba libre de aquel peso de plomo! Pero me hallaba tan cansado que no tenía ánimos ni para alegrarme. Llevaba ya casi una hora en el agua.

En cuanto me hube desprendido de las botas, me di cuenta de que había otro obstáculo: la niebla. Una niebla tan espesa que se podía cortar me impedía toda visibilidad; y lo peor era que nos envolvía al barco y a mí. Combinada con la lluvia y las olas, no pude ya distinguir ni siquiera las luces del *Elagin*, que hasta ese momento había utilizado como punto de referencia para saber dónde se encontraba la costa. Tampoco podía detenerme, ¿pero hacia dónde debía nadar? Perdí el norte y me hallé totalmente desorientado. La lluvia me azotaba despiadadamente. Todo se había torcido.

Sin brújula y sin visibilidad, tenía pocas esperanzas de alcanzar tierra firme sano y salvo. No veía ni a un metro por delante de mí. Ya llevaba dos horas en el agua. La lucha por quitarme las botas había agotado lo mejor de mis fuerzas. Había tragado una enorme cantidad de agua. El frío se iba apoderando de mí. Un entorpecimiento paralizante me invadía. Estimé que no me quedaban más de dos horas de vida. Si en ese tiempo no conseguía llegar a la costa, sería muy improbable que la alcanzara.

Decidí aventurarme hacia donde creía que podía estar la costa y me puse a nadar con todas las fuerzas que me quedaban. Fui aprendiendo a calcular el movimiento de las olas inmensas y procuraba aprovecharlo; aprendí cuándo tenía que elevarme sobre una ola que se acercaba y cuándo podía relajarme para recuperar fuerzas antes de dar un nuevo impulso. El frío me trataba como un látigo. Después de la niebla, era mi peor enemigo. Mis energías se iban consumiendo y empecé a dar violentos tiritones. No obstante, iba avanzando. Subía la cresta de una ola y me dejaba caer por el lado contrario, después la emprendía con la siguiente.

Seguí nadando hasta que, al consultar la esfera luminosa de mi reloj, me di cuenta de que hacía casi tres horas que estaba en el agua. Tenía que estar cerca de la costa. Este pensamiento me sobrecogió.

Un fuerte golpe de viento disipó momentáneamente la niebla. Impaciente, traté de divisar tierra. ¡Allí estaba!, apenas visible entre la niebla... una enorme masa negra, que dominaba las aguas tumultuosas. ¡Tierra! ¡Una roca! ¡Lo había conseguido! ¡Era magnífico! ¡Sencillamente magnífico! Nunca, en toda mi vida, había deseado tan impacientemente una cosa como la vista de ese espolón rocoso. «Has llegado, Sergei, has llegado», me dije, felicitándome. Continué nadando hacia la roca agotando desconsideradamente las energías que me quedaban y que ahora ya no necesitaba ahorrar tanto. La niebla se rasgó unos segundos, miré y no quise creerlo.

«¡Oh, no!», grité horrorizado. «¡No es posible!». Pero sí lo era. ¡La «roca» era el *Elagin*! Después de tres horas de un frío atroz, mis fuerzas estaban exhaustas y volvía a hallarme en el punto de partida.

Ahora me encontraba en una situación desconcertante, que no tenía prevista. ¿Qué tenía que hacer? La luz que brillaba en las claraboyas era atrayente y cálida. ¿Y si me quitaba el cinturón de caucho y decía que me había caído al

mar? Puesto que el barco se agitaba de aquel modo, mi historia podría ser convincente. Me sacarían del agua, me darían alimentos y unas mantas calentitas: mi cruel pesadilla acabaría.

¿Acabaría de verdad mi pesadilla? Volvería a encontrarme fatalmente en las circunstancias insoportables de las que deseaba huir, y hasta el fin de mi vida estaría en un puro tormento.

¿Qué hacer, entonces? ¿Dirigirme otra vez hacia la costa? En aquellos momentos eso me parecía poco menos que imposible. Estaba físicamente extenuado y psicológicamente agotado. ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir con aquella temperatura glacial? Había calculado que aguantaría todo lo más cuatro horas. Ya llevaba tres horas en el agua.

Transido de frío, hice un esfuerzo para darme cuenta de la situación lo mejor que me lo permitiera mi espíritu atormentado. Tomé la decisión de que prefería morir buscando la verdadera vida antes que continuar viviendo como lo había hecho hasta aquel momento. No quería —ni podía— volver al género de vida que había conocido. Aunque me ahogara, no debía regresar al barco.

Pocas esperanzas me quedaban. No obstante, me puse a alejarme del *Elagin*. Pensé en los documentos escondidos en el cinturón. ¿Los encontraría alguien? ¿Habría algún alma viviente que descubriera mi identidad? ¿Habría alguien que se propusiera conocer la historia del cuerpo arrojado a la orilla? Mi cabeza empezó a dar vueltas como un torbellino con estos pensamientos. Toda mi vida, desde los seis años, había estado solo... sin madre ni padre. Me parecía una crueldad encontrar la muerte también solo, perdido en las aguas.

Intenté orientarme. ¿Hacia dónde se hallaba la tierra? ¿Cómo lo iba a saber, si solamente veía a un metro de distancia? Me detuve. Comencé a dar vueltas en redondo, a fuerza de intentar desesperadamente escoger una dirección. Sentí que estaba perdido, totalmente perdido.